



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Namier, Lewis

La naturaleza humana en la política



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Namier, L. (2000). *La naturaleza humana en la política*. *Prismas*, 4(4), 143-147. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2627>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

*La naturaleza humana en la política**

Lewis Namier

El título de este artículo reproduce el de un famoso libro publicado hace casi cincuenta años: *Human Nature in Politics*, de Graham Wallas. Su primera frase rezaba: “El estudio de la política se encuentra hoy (1908) en una situación curiosamente insatisfactoria”. “Cada uno de los pensadores del pasado –proseguía–, desde Platón hasta Bentham y Mill, tenía su propia visión de la naturaleza humana, de la que hacía el fundamento de sus especulaciones sobre el gobierno”; pero Wallas se quejaba de que sus contemporáneos ya no colocaban como prefacio a sus tratados de ciencias políticas una definición de la naturaleza humana y, a decir verdad, consideraba difícil discernir si tenían siquiera alguna concepción de ella.

Lo cierto es que no recomendaba las definiciones ingenuas y dogmáticas proporcionadas por autores anteriores: por ejemplo, la de los utilitarios, que creían haber encontrado la clave del comportamiento del hombre en el principio hedonista de su búsqueda del placer y evitación del dolor, o la de los economistas clásicos, con su *homo oeconomicus* deseoso de obtener más riquezas con el menor sacrificio posible; sistemas, ambos, que se basaban en el supuesto de la racionalidad esencial del hombre. “Cuando vemos las acciones de un hombre –escribía Macaulay en 1829–, sabemos con certeza cuáles cree ser sus intereses.” Se suponía, por lo tanto, que el hombre siempre actúa de acuerdo con una inferencia válida y razonable en cuanto a la mejor manera de alcanzar un fin preconcebido. La conclusión del propio Graham Wallas sobre la naturaleza humana en la política era que “la mayor parte de las opiniones políticas de la mayoría de los hombres no son el resultado de un razonamiento probado por la experiencia, sino de inferencias inconscientes o semiconscientes fijadas por el hábito”; y exhortaba a los estudiosos de la política a luchar contra la tendencia a “exagerar la intelectualidad de la humanidad”.

Su crítica del *homo sapiens* en política obtuvo una fácil victoria; la época estaba madura para su estocada, y es posible que el silencio de los autores sobre la naturaleza humana en la política, del que se quejaba, haya sido una sombría y desasosegada precognición de su análisis. Hasta el día de hoy hemos avanzado mucho más por el sendero de Graham Wallas. Para él, los recuerdos atávicos y los hábitos mentales constituían el material de reserva del pen-

* Título original: “Human Nature in Politics”, *Personalities and Powers*, Londres, Hamish Hamilton, 1955, pp. 1-7. Traducción: Horacio Pons.

samiento inconsciente del hombre. Desde entonces, hemos incorporado a nuestro conocimiento las fijaciones tanto en los individuos como en los grupos, los desplazamientos y proyecciones psicológicos y la externalización de conflictos internos no resueltos. La relación de un hombre con su padre o su niñera, por ejemplo, puede determinar el patrón de su conducta política ulterior o de sus preocupaciones intelectuales sin que él sea consciente en lo más mínimo de la conexión; y el autoengaño con respecto al origen y el carácter de sus principios aparentemente intelectuales le permite engañar a otros: la intensidad de su pasión oculta agudiza sus facultades mentales y puede llegar a suscitar la apariencia de una objetividad fría y perspicaz. Recuerdo que, muchos años atrás, cuando a un muy sabio amigo mío le presentaron un planteo perfecto en apoyo de una tesis política, él replicó: “El argumento me convencería si no conociera la pasión que tiene a sus espaldas”. Tenía razón en ser cauteloso aunque no captara la fuente de la pasión; no obstante, ni siquiera el reconocimiento de ésta probaría necesariamente el error de la tesis. Consideremos un ejemplo histórico: una frase de las *Mémoires* de Talleyrand, aparentemente sin conexión con la política, ilumina como un fogonazo un aspecto de su conducta política. Escribe lo siguiente: “Digo a fin de que quede constancia, y con la esperanza de no tener que volver a pensar nunca en ello, que tal vez sea yo el único hombre de nacimiento distinguido [...] que no conoció ni una sola semana de su vida la alegría de morar bajo el techo de sus padres”. Hay aquí una amargura que Talleyrand, que tenía más de sesenta años al escribirlo, deseaba poder superar. Descuidado por sus padres y criado por servidores que le ensalzaban la grandeza de su familia, fue a lo largo de su vida un *grand seigneur* muy consciente que se relacionaba preferentemente con inferiores y que, despojado de todo sentimiento favorable a su propia clase –cuyos principales representantes eran para él sus padres–, contribuyó con fría indiferencia a su caída.

Ejemplos de este tipo, positivos y negativos, que pueden encontrarse en la vida de cualquier hombre, nos hacen menos propensos a aceptar en su valor nominal las interpretaciones de creencias, principios y acciones, aunque se propongan con toda sinceridad. Impulsos inconscientes se combinan con el pensamiento racional y en toda acción hay componentes inescrutables. Sin duda, una de las líneas más importantes de avance para la historia, y en especial para la biografía, pasará a través del conocimiento de la psicología moderna. No obstante, hay que tener cuidado al aplicarlo. No debe dejarse suelto al practicante sin calificaciones, ni siquiera en el terreno de los muertos, y es probable que una mera capa de psicología resulte en juicios superficiales y apresurados, expresados en una jerga nauseabunda. Pero aun para el experto, los datos psicológicos disponibles ofrecen a lo sumo un cuadro fragmentario. En última instancia, el pensamiento consciente tiene una validez pragmática no afectada por orígenes psicológicos; y la acción, cualquiera sea su motivación, habla su propio lenguaje de una realidad inconfundible. Aunque sabemos que las acciones del hombre están en su mayor parte condicionadas por otros factores al margen de la razón, en la práctica tenemos que suponer su carácter racional hasta que se haya establecido específicamente lo contrario; y cuando nos ocupamos de misterios de la mente humana, lo mejor sería decir con el predicador: “Y ahora, hermanos, enfrentemos con audacia la dificultad, y luego dejémosla de lado”. No obstante, la conciencia de las vastas profundidades, inexploradas y en gran medida insondables, nos conmina a ser humildes y cautelosos cuando abordamos el problema de la naturaleza humana en la política.

Aún peor que nuestra situación con respecto a la psicología de los individuos, los políticos, es la que se refiere a los grupos, las masas, la muchedumbre en acción. Por el momen-

to no hacemos más que buscar a tientas un enfoque de la psicología de las masas: algunos de los capítulos positivos del libro de Graham Wallas nos sorprenden hoy porque son casi tan ingenuos como las creencias que destruyó eficazmente. Ni siquiera conocemos algunos de los medios con los que los hombres se comunican unos a otros pensamientos o emociones. Recuerdo una observación que le escuché a Sir Reginald Wingate en 1911: decía que a pesar de todos los años que había pasado en Sudán, para él seguía siendo un misterio la forma en que las noticias circulaban entre los nativos; ni siquiera los heliógrafos les habrían permitido transmitirlos a esa velocidad. *La grande peur*, el pánico que se apoderó de la campaña francesa en julio de 1789 y consolidó la Gran Revolución, es el ejemplo sobresaliente de una conmoción psicológica nacional; pero estremecimientos menores de ese tipo pueden encontrarse en casi todas las revoluciones. Además, existe lo que en la terminología actual podría describirse como el “clima intelectual”, oscuramente comunicado y desarrollado por alguna clase de telepatía inconsciente, que parece afectar al grueso de la población.

Muy rara vez damos en la historia con vigorosos movimientos políticos como la revolución de 1688, planeada y ejecutada con un objetivo claro: el levantamiento de los hombres políticamente conscientes contra la tiranía civil y espiritual de los Estuardo. En la mayoría de los casos, la esencia de los movimientos políticos de masas está envuelta en tinieblas. Es difícil creer que en las barricadas parisinas de 1830 los hombres murieron para preservar la Carta Constitucional, o que en febrero de 1848 lo hicieron a fin de conquistar una ampliación de los derechos políticos; más probablemente, detrás de esos dos levantamientos había las mismas fuerzas subyacentes al de junio de 1848, descrito por Alexis de Tocqueville como la mayor y más singular insurrección de la historia francesa. Y sin duda fue singular, habida cuenta de que cien mil insurgentes combatieron con una aptitud y cohesión notables, aunque –y volvemos a citar a Tocqueville– “sin un grito de guerra, sin jefes ni estandarte”; en términos más simples: sin intelectuales que hubieran marcado el levantamiento con sus doctrinas o ideas. George Meredith considera un irónico hábito mental creer que los deseos de los hombres se expresan en sus manifestaciones; aún más irónico o ingenuo sería juzgar la esencia de los movimientos de masas por los pronunciamientos o declaraciones de quienes se las arreglan para escamotearlos. Hasta ahora apenas hemos llegado a los márgenes del campo de la psicología de masas, el factor más básico de la historia. Todo lo que podemos hacer es tratar de exponer fielmente los hechos discernibles y plantear problemas, pero ser parcos en la formulación de conclusiones.

Un resultado inevitable de la mayor conciencia psicológica es, sin embargo, el cambio de actitud hacia las así llamadas ideas políticas. Tratarlas como la consecuencia de la razón pura sería atribuirles una ascendencia casi tan mitológica como la de Palas Atenea. Lo más importante son las emociones subyacentes, la música, para la cual las ideas son un mero libretto, a menudo de una calidad muy inferior; y una vez que las emociones han declinado, las ideas, ya sin recursos, se convierten en doctrina o, a lo sumo, en inocuos clisés. Aun los principios de la Gloriosa Revolución, una vez obtenida la victoria irrevocable y convertidos en profesión de fe aceptada, llegaron a parecer un tanto huecos. Un crítico muy amistoso y conocedor de mi obra me censuró por sacar la mente de la historia y distinguir el egoísmo o la ambición en los hombres, pero mostrar un aprecio insuficiente por los principios políticos y los ideales abstractos a los que sus devotos tratan de ajustar la realidad. Esa crítica es tan pertinente para el tema de este artículo que propongo hacer de ella el texto de lo que me queda por decir.

Empecemos con el argumento de que saco la mente de la historia. Sin duda parece imposible atribuir al pensamiento político consciente la importancia que se le asignaba hace cien e incluso cincuenta años atrás. La historia es primordialmente construida, y en una medida creciente, por la mente y la naturaleza del hombre; pero esa mente no funciona con la racionalidad que antaño se consideraba su más noble atributo, lo cual no significa, sin embargo, que funcione necesariamente peor. Las conclusiones estrictamente lógicas basadas en datos insuficientes son un peligro mortal, en especial cuando el hecho de plantearlas es motivo de orgullo; y en política nuestros datos son necesariamente exiguos y fragmentarios. Aun dentro de ese marco, los hechos que en cualquier momento podemos reunir y manejar de una manera casi científica son una mera fracción de lo que está presente en nuestra mente subconsciente. En consecuencia, cuanto menos trabe el hombre el libre juego de su mente con doctrinas y dogmas políticos, mejor será para su pensamiento. Además, lo irracional no es necesariamente irrazonable: tal vez sólo suceda que no podemos explicarlo o que lo interpretamos erróneamente en términos de nuestro pensamiento consciente. Una prueba absurda no invalida necesariamente un argumento: en los productos de procedencia desconocida a veces se pegan etiquetas equivocadas.

Hace unos cuarenta años, mientras trabajaba en Yale en la correspondencia de Ezra Stiles, un presidente de la universidad del siglo XVIII, di con un sorprendente caso de ese tipo. Un médico de Nueva Inglaterra le transmitía emocionantes noticias: había descubierto que los pieles rojas eran de extracción mongola; pero como ese día estaba apurado, iba a exponerle las pruebas en su siguiente carta. Era emocionante, sin duda, y me recordaba la historia del famoso teorema matemático de Fermat; de modo que emprendí la búsqueda de esa carta, pero como los documentos carecían de un orden y un índice adecuados, tardé algún tiempo en rastrearla. Cuando di con ella, éstas fueron las pruebas que encontré: Noé tenía tres hijos, Sem, Cam y Jafet, y en todas partes veíamos que los descendientes de Cam servían a los de Jafet; pero los pieles rojas no tenían esclavos negros: por lo tanto, debían descender de Sem. Curioso, ¿no? Con el tiempo, llegué a pensar de otra manera. El médico, un observador capacitado, debía haber basado inconscientemente su conclusión en observaciones también inconscientes; pero como era un puritano de Nueva Inglaterra, buscó y encontró sus pruebas en el Antiguo Testamento. Todas las épocas y todos los países tienen un saber atesorado y recurrirán a él en tiempo y a destiempo; a menudo, los principios políticos son tan irrelevantes como el argumento del médico.

En cuanto a los móviles humanos: cuente una historia sin asignarle ninguno, y otros los aportarán prontamente tomándolos de la reserva común. El “móvil económico” de los victorianos y la “voluntad de poder” de los alemanes son moneda corriente, y los instintos acaparadores y la ambición brindan explicaciones plausibles de las acciones humanas, que pueden contrastarse con la búsqueda no egoísta de ideales. ¿Existe, empero, una división tan clara en las profundidades de la mente y la naturaleza humanas? El miedo, consciente o inconsciente, es con frecuencia la fuerza impulsora subyacente a la ganancia de dinero, la ingesta excesiva de comida, las actividades intelectuales o las empresas en beneficio de la humanidad. E incluso detrás de la ambición de ganar dinero puede haber un impulso o un pensamiento creativos en favor de la comunidad. Por otro lado, ¿no hay ambición o arrogancia en el hombre que trata de hacer que la realidad se ajuste a sus así llamados ideales? Reaccionar contra la crueldad, la injusticia o la opresión es una cosa; tener una panacea para asegurar la libertad del hombre o su felicidad es un asunto muy diferente. Además, “idealismo” o “idealista” son

denominaciones inadecuadas cuando se otorgan meramente porque el egoísmo o la ambición no se reconocen con facilidad en la superficie.

Recuerdo una historia de ese libro admirable que es *The Ladies of Alderley*. En septiembre de 1841, Mrs. Stanley, en una carta a su suegra, expresaba su disgusto por una casa porque era “muy romántica”. “No entiendo –le contestó Lady Stanley– por qué no deseas que sea *muy romántica*.” Mrs. Stanley replicó: “Cuando dije romántica quería decir húmeda”. Es probable que no fueran meramente las enredaderas y los techos de paja los que hacían que estos términos fueran sinónimos para ella: la afinidad de sonidos entre “romántico” y “reumático” debe haber tenido algo que ver. Lo mismo ocurre en la frecuente confusión entre un “ideólogo” y un “idealista”. Y con seguridad hemos tenido ocasión de aprender qué imposturas y desastres pueden llegar a ser las ideologías. Las masas populares nunca sufrieron una peor esclavitud que bajo lo que se autodenomina “dictadura del proletariado”, y jamás ejerció el poder una peor escoria que cuando el régimen nazi proclamaba “el gobierno de una élite”. Pero aun ideologías políticas mucho menos crueles o feroces hicieron estragos en el bienestar humano. Hay en ellas una fijeza que las hace sobrevivir incluso a los escasos factores con los que originalmente se correlacionaban; razón por la cual los radicales que confían en los sistemas producen con tanta frecuencia meras antiguallas –*des vieilleries: ils ne changent pas leur bagage*–: no vuelven a armar su equipaje ideológico. Por otra parte, la mayoría de las ideologías sobrestiman enormemente la capacidad del hombre de prever las consecuencias y repercusiones de la imposición forzada de los ideales a la realidad.

Algunos filósofos políticos se quejan hoy de “una calma exhausta” y de la ausencia de discusiones sobre política general en este país: se buscan soluciones prácticas a los problemas concretos, mientras que ambos partidos olvidan los programas e ideales. Pero a mi entender esta actitud parece ser muestra de una mayor madurez nacional y no puedo sino desear que se mantenga durante mucho tiempo sin que la filosofía política la perturbe con su accionar. □